

Ahora quisiéramos permitirnos hacer una pregunta atrevida. ¿Es, en efecto, tan cierto como se nos viene asegurando que todas las acciones de la naturaleza, por más que vayan siempre unidas á ellas fenómenos de movimiento, no suponen sino movimiento y modificaciones de movimiento? O bien formulando la pregunta con otras palabras: ¿*Produce* sólo movimiento y cambio de movimiento en la naturaleza, y nada más? La única prueba que de este aserto se ha intentado, puede reducirse á una idea de HELMHOLTZ, el cual, después de haber puesto en claro en una exposición luminosa, y de perfecta conformidad con los pensadores antiguos, que las cosas de la naturaleza son tanto materia como fuerza, como dos aspectos diferentes de una realidad única, se expresa así en su libro (pág. 3) sobre la conservación de la fuerza: "Si, pues, la ciencia debe reducir los fenómenos naturales á causas últimas, é invariables, lo que ahora se pide es que se encuentren como causas últimas según el tiempo, fuerzas invariables. Materias dotadas de fuerzas invariables (ó cualidades indestructibles) son llamadas por nosotros los elementos químicos. Si nos imaginamos ahora el universo descompuesto en elementos con cualidades indelebles, las únicas modificaciones que tal sistema consiente son locales, esto es, movimientos; las condiciones exteriores que modifican los efectos de las fuerzas no pueden ser sino locales, y las fuerzas, por tanto, serán fuerzas motrices, cuya acción depende únicamente de las condiciones locales." Mas aquí el gran naturalista, de tenerle por su palabra, sufre una subrepción. Claro es que si todo en el mundo es invariable, hecha excepción sola de las externas alteraciones locales, toda modificación será modificación local. ¿Pero demuestra HELMHOLTZ que todo sea invariable, como él dice? ¿Es cierto que las fuerzas, por ser efectivamente cualidades de cosas reales, y que consideradas en sus raíces, por ser tan indelebles como las cosas mismas, sean también invariables en su acción? ¿No es posible que diferentes influencias externas las inciten á *diferentes* acciones? ¿No pueden existir, ora en un estado meramente potencial, ora ejerciendo una actividad más ó menos intensa, de suerte que no sólo se *produzca* realmente el movimiento externo, sino también la actualidad de las fuerzas mismas?

Para persuadirse de que así sucede en efecto, basta tener presente que si bien el calor, el sonido, la luz y la electricidad se presentan al físico bajo el común punto de vista del movimiento, estos mismos fenómenos aparecen también siempre revestidos de afecciones peculiares, por las que el físico reconoce al punto su carácter especial, de tal modo que no hay entre ellos casos indefinidos ni transiciones imperceptibles que obliguen al físico á decidir si tal ó cual fenómeno es luz ó electricidad, sonido ó afinidad.

No; todos ellos están específicamente determinados, y sus límites bien delineados evitan toda confusión. El movimiento, empero, crece y decrece, se acelera y se retarda, y cambia de dirección mediante transiciones continuas, por la naturaleza misma del movimiento, que es mero cambio de lugar. Inferimos, pues, que debe de haber, á más del movimiento, otra cosa que vacíe, por decirlo así, en formas determinadas los movimientos por sí indeterminados de la materia, y haga que sea unas veces calor y otras electricidad, ó luz ó alguna otra cosa. Este examen filosófico de los hechos consignados por la ciencia natural nos induce á creer que debemos reconocer un ser doble en todo fenómeno natural: uno material é invariable, ó sea el movimiento con sus diferentes equivalencias, y otro formal, esto es, la cualidad que determina el estado mecánico á una propiedad, y que por esta razón lo *informa*. Son éstos *dos* aspectos de una *qualitas activa* ó fuerza. Por tales fuerzas, especialmente determinadas, tenemos todas aquellas que nos dan á conocer los físicos, cuales son la electricidad, el calor, la luz, la atracción y las demás que hemos estudiado. Debe advertirse que las fuerzas son susceptibles de diferentes grados de intensidad¹. Así las fuerzas latentes de un cuerpo pueden, según se las excite, producir más ó menos calor, y la fuerza motriz existente en una bala puede ser excitada á mayor ó menor movimiento actual. Claro será también por lo que llevamos expuesto que debemos reconocer más que movimiento en aquellas propiedades de las cosas que percibimos con nuestros sentidos, en las llamadas *qualitates sensibiles*, como color, luz y otras.

Tenemos pleno conocimiento de que, al discurrir como lo venimos haciendo, estamos con ambos pies en el terreno de la anatematizada filosofía antigua; mas no faltan algunos pensadores modernos que se ven precisados á confesar que el mar de fenómenos cuyas olas nos embisten de todas partes, no se concibe sin admitir la modificación y manifestación de verdaderas cualidades. En nombre de todos habla T. A. LANGE: "El sistema natural mecánico, dice este entusiasta panegirista del materialismo refinado, ha cumplido y seguirá cumpliendo una gran misión; pero considerado en su totalidad y esencia, lleva en sí mismo una barrera que lo restringe en todas las fases de su evolución. ¿Acaso explica el físico la luz encarnada en todos sus aspectos diciendo que le corresponde tal y tal número de ondulaciones? Explica en el fenómeno lo que puede explicar como físico, y el resto lo encarga á los fisiólogos. Este á su vez lo explica como sabe; y aunque atribuyéramos á su ciencia una perfección que no posee al presente, pero sólo tiene

¹ *Qualitates intenduntur et remittuntur.*

al fin á su disposición, como los físicos, movimientos de átomos. Sus círculos se cierran en la conversión de corrientes nerviosas centrípetas en centrífugas, y no hay ya á quien encomendar lo demás. Pero ¿es la laguna que queda por llenar esencialmente distinta de la que dejó el físico? ¿O tenemos garantía alguna de que así las vibraciones del físico como las del fisiólogo están necesariamente ligadas á un proceso de muy diversa índole? ¿No se concluye desde luego por analogía evidente que detrás de *todas* estas vibraciones se esconde *otra cosa* ?¹

LANGE mismo advierte sobre esto lo siguiente: "Aunque los naturalistas no me dan sino movimientos de átomos por los procesos de mi cerebro, siendo indudable la existencia de las percepciones, muy bien puedo deducir la sospecha de que también en la cuerda que vibra se oculta aún *otra cosa* que, sin ser igual á mi idea de los objetos sonoros ó colorados, tiene más afinidad con ellos que el átomo ondulante".²

Somos del mismo parecer que LANGE en este punto; sólo que él debería hablar, no de una restricción ni de una sospecha, sino de un postulado ó conocimiento fijo de la razón. Es cierto que la naturaleza produce efectos cualitativos sin cesar y en todas las esferas de su vasto dominio. Mas donde se produce algo debe haber fuerzas que lo produzcan.

No es, por tanto, del todo correcto designar como efecto propio de la fuerza el movimiento, ó sea el estado de modificación local externa. El movimiento es más bien la condición accesoria bajo la cual fuerzas obran y efectos se producen. El momento principal es la causa interna de la variación externa de lugar; la actualidad de la fuerza, es el tránsito de la fuerza del estado de potencialidad al de acción actual. Esta mutación interna, que es producida en el cuerpo movido por el que mueve, y que se da á conocer al investigador por el movimiento externo, debe considerarse en primer término como efecto de la fuerza.³

197. Hemos dado ya el salto por la ancha zanja que separa el mecanismo del sistema natural razonable. Demostrada la existencia real de la fuerza, está también asegurada la realidad del lle-

¹ Historia del materialismo, tomo II, pag. 164.

² De las *qualitates sensibiles* hablo ampliamente en mi libro: «El fenómeno del mundo» (*Das Weltphänomen*).

³ KANT hace la observación, digna de notas, de que sería mejor llamar *vis activa* que *vis motrix* á la fuerza que causa el movimiento. No se dice bien, son sus palabras, cuando se hace del movimiento una especie de efecto, y se le atribuye por tanto una fuerza de nombre igual. Un cuerpo al que se hace infinitamente poca resistencia, y que de consiguiente no obra casi nada, tiene más movimiento que ninguno. El movimiento no es sino el fenómeno externo del estado del cuerpo, que si bien no obra, se esfuerza por obrar. (De la estimación de las fuerzas vivas, lección 1.ª, § 3.) «Estaría valerse del movimiento para lograr un carácter externo de lo que acontece en el cuerpo y no

gar á ser lo que antes no era, mientras que la concepción mecánica se contenta con una causalidad ó producción aparente. Surge ahora una cuestión que puede ofrecer poco interés á los que hasta aquí fueron nuestros adversarios, pero que en sí tiene mucha importancia. Ellos tienen razón desde su punto de vista: una vez reconocida la absoluta imposibilidad de dicho tránsito ó producción, poco les importa que ésta sea mucha ó poca. ¿Qué se produce, pues, en la naturaleza? ¿Decís que sólo se producen propiedades ó cualidades inherentes á las cosas, ó que se extiende la acción eficiente á las mismas cosas, de suerte que se produzcan también nuevas cosas? Estas son cuestiones sumamente interesantes para todo el que ansie conocer los secretos internos de la naturaleza.

En el reino orgánico, sobre todo en cuanto á los organismos perfectos, es evidente ó poco menos el que nacen seres individuales que antes no existían. Pues el principio vital no es una fuerza, esto es, una cualidad inherente á la materia; es más bien un principio que transforma todo el ser de la cosa y lo eleva á una esfera más alta de vida y actividad. Cuando en una cosa nace calor, se comprende que con esto se verifique una alteración que deja intacta la substancia de la cosa. Pero cuando la vida nace en la materia presenciamos una mutación de muy alta importancia, por la cual lo material se muestra sujeto á una tendencia superior verdad en que nos ocuparemos con más detenimiento cuando hayamos estudiado la finalidad interna. Cuantas veces nace un nuevo ser viviente, se realiza una transformación substancial, un cambio de substancia; se produce, en fin, una nueva substancia. El anatómico gottingense HENLE se expresa sobre este punto con estas palabras: «El alma informante muestra su inmaterialidad por su persistencia sobre el cambio de las partes materiales, por su facultad de reproducir la forma típica, íntegra, mutilada por esporos mutilados, y por su divisibilidad sin pérdida de intensidad. Esta última cualidad la distingue también de los agentes imponderables de la naturaleza inorgánica y resiste á la tentativa de los monistas á reducir á comunicación de movimientos moleculares la reproducción de la actividad vital á manera de la propagación del calor, de la luz y de la electricidad. Las fuerzas imponderables son finitas, y su intensidad está en proporción inversa á

puedo ser visto por nosotros. Pero comúnmente se mira al movimiento como aquello que hace la fuerza cuando rompe á obrar, como si esto fuera su única consecuencia. Como es tan fácil rectificar este error restableciendo los verdaderos conceptos, acaso por esto no se presumiría que tal error fuese perjudicial. Si lo es, aunque no sea en la mecánica y en la ciencia natural, porque este concepto erróneo del movimiento tiene la culpa de que en Metafísica sea tan difícil concebir de qué manera la materia pueda producir ideas en el alma del hombre por modo verdaderamente efectivo, esto es, por influencia física. (¿Qué hace la materia, dicen, sino causar movimiento? Por tanto, toda su fuerza se resumirá en que, cuando más, hará variar de lugar al alma.» (*L. c.*, par. 3.)

la masa de materia sobre la cual se difunden. También el material de los cuerpos orgánicos es finito; pero infinita es la facultad de las almas animales y vegetativas de apropiarse el material disponible é imprimir en él el sello de su especie. El aserto de que cualquier especie de seres orgánicos, si no se les opusieran obstáculos exteriores, serían capaces de ocupar la tierra para sí solos en breve tiempo, es precisamente el punto de partida de la teoría darwiniana¹.

Bien está. Sólo quisiéramos evitar que se abriese una zanja ó se estableciese una diferencia insuperable entre los reinos orgánico é inorgánico. Estimamos que, sin embargo de todas las diferencias, el vínculo de una analogía muy amplia abarca todos los seres naturales. Es verdad que en ningún ser se nos presentan tan claras las transformaciones de substancias en nuevos seres como en los organismos, y particularmente en los perfectos. Pero con todo, tendremos que reconocer tales transformaciones, que afectan á la substancia, aun en la síntesis y el análisis químicos. Siempre que nace un cuerpo por composición química, por ejemplo agua, vemos en él un tipo nuevo, persistente, invariable, y que es distinto del tipo del oxígeno con la misma precisión matemática con que éste lo es del de otro elemento químico. *Nace*, pues, una substancia nueva, por lo cual es forzoso atribuir á las cosas naturales la facultad de producir substancias nuevas.

Todo en el mundo se halla en estado permanente de nacer y morir, no sólo en cuanto á las cualidades, sino en cuanto á las substancias mismas de las cosas. Con aprobación de los teóricos evolucionistas, vemos en todas partes un proceso de evolución permanente y fecunda. Una cosa nace de otra, una forma se convierte en otra. Sólo en esta concepción, oriunda de la filosofía peripatética escolástica, se aprecia cual merece la doctrina del *feri* eterno que hallamos en las especulaciones del obscuro HERÁCLITO, y una verdad muy profunda encierran estos versos de GÖTTE:

«Und umzuschaffen das Geschaff'ne,
Damit sich's nicht zum Starren waffne,
Wirkt ewiges lebendig's Thun;
Und was nicht war, Jetztwilles werden*».

Esta, pues, es la fuerza inherente á la naturaleza, la facultad de producir lo que antes no existía. Hemos superado el mecanicismo adinámico porque atribuimos á la palabra fuerza una significación tan determinada como á cualquier otro término, y tomándole

¹ *Anthropologische Vorträge* (Conferencias antropológicas), 1880, cuad. 2.º, pág. 92.

* En español: «acción viva y eterna obra, transformando lo creado para que no se embote: y lo que no fué, pugna ahora por existir.»

en esta significación, afirmamos el hecho de la existencia de la fuerza.

No falta razón á SCHOPENHAUER, autor favorito de ciertos naturalistas, cuando dice de los mecanistas, del modo por cierto sumamente grosero que suele: «En la presión y el impulso estriba todo lo que la mecánica da de sí. Con *eso*, empero, pretenden ahora explicar toda la naturaleza... Los alemanes (con mayor razón SCHOPENHAUER hubiera podido increpar á los extraños) harían bien en moderar su afición á la decantada empirie y abstenerse del trabajo manual lo suficiente para que pudieran ocuparse en poner en orden sus laboratorios y despejar su magín. La Física tropieza muy á menudo, á causa de su materia, inevitablemente con los problemas metafísicos; en estos casos es cuando nuestros físicos (añadimos que no sólo físicos, sino también pensadores, merecen esta censura), que no saben de nada sino de sus juguetes eléctricos, pilas voltaicas y piernas de ranas, revelan una ignorancia y rudeza tan crasa que ni los zapateros, y una desfachatez—compañera común de la ignorancia—que los hace filosofar á tontas y locas como paletos incultos sobre problemas que desde siglos traen ocupados á los filósofos, como los de la materia, del movimiento y de la mutación; de modo que no merecen otra contestación que la del dístico:

«Armer empirischer Teuffel! Du kennst nicht einmal das Dumme
In dir selbst, es ist, ach! *a priori* so dumm!».

No hubiéramos osado copiar este párrafo, cuya grosería rustica repugna, si no fuese tan interesante recordar que no se necesita ser cristiano para hallar que los procederes de los materialistas contemporáneos carecen de seriedad científica.

§ III

Ensayos de sabios cristianos para llegar á una transacción con el sistema físico mecánico.

198. En tiempos recientes suenan mucho los nombres de algunos sabios cristianos que dicen haber transigido con el sistema físico puramente mecánico que acabamos de reprobar. Como quiera que en uno y otro campo semejantes asertos han dado lugar á equivocaciones, creemos deber ocuparnos con algún dete-

¹ *Parerga y Paralipómata*, tomo I, pág. 121.

Los versos dicen en español: «Pobre diablo empirico! No conoces siquiera lo tonto que tú mismo eres; ¡ay! que eres *a priori* tan tonto.»

nimiento en este fenómeno, tanto más interesante cuanto que las observaciones que pensamos hacer acaso arrojan aún más luz sobre la cuestión que venimos estudiando.

En primer término figura la obra del astrónomo romano Padre Angel SECCHI (1818-1878), *L'unità delle forze fisiche, saggio de filosofia naturale*, que hasta en algunos círculos de sabios materialistas fué acogida con cierta satisfacción. Los que quisieran persuadirse de que el P. SECCHI simpatiza con los materialistas no echan de ver que el sabio romano, con no menos energía que DESCARTES, mantiene como postulados de la ciencia, no sólo la existencia y el acto creador de Dios, sino también la espiritualidad del alma humana y aun la existencia de un principio psíquico simple en todos los seres sensitivos. La barrera que separa al grande astrónomo de todo materialismo, sea cual fuere su especie, es indestructible é insuperable.

Dejando á un lado esta advertencia, no puede, por otra parte, negarse que en la obra citada el P. SECCHI ha hecho algunas afirmaciones que, á considerarlas en lo que tienen de filosóficas, pudieran acaso parecer idénticas á las de los materialistas, ó digamos mejor de los mecanistas.

“En cuanto á las fuerzas, dice, de las que la materia ha de estar dotada para producir todos los efectos, deseáramos que se nos comunicase de ellas algo más que sus nombres: que se nos dijera en qué consisten. Hasta ahora todavía no se ha dado á conocer ninguna fuerza por los ensayos hechos en la materia simple inanimada, fuera de la fuerza viva de una masa que se mueve con cierta velocidad; todo lo que no se puede reducir á tal fuerza ha resultado mera ficción¹.. No declara la guerra á la palabra *fuera*. Hay fuerzas, pero ¿qué son? Nada más que movimientos y propiedades del éter. Repite varias veces que como fuerza ó causa del movimiento consideraba (aunque no exclusivamente) “toda materia que se hallaba en movimiento”,². Del sabio HIRN, conocido por sus trabajos sobre la teoría del calor, y que define las fuerzas como esencias que no son ni espíritu ni materia, juzga SECCHI “que es de lamentar que un sabio tan insigne intente introducir en la ciencia tales nebulosidades.. Cree que el que tenga la electricidad por una fuerza, entiende por ella un agente inmaterial en el sentido más riguroso del término, puesto que la fuerza debe concebirse como una substancia perteneciente á una clase de seres totalmente distintos de la materia, ó sea mera creación de la fantasía³. En todos los lugares que aquí nos interesan, el P. SECCHI

¹ *Unità delle forze fisiche*, tomo I, pág. 147 (en la traducción alemana).

² *L. c.*, pág. 249.

³ *L. c.*, tomo I, pág. 249.

habla como si el calor, la luz, la electricidad, produjesen siempre “fenómenos cuyo origen había de buscarse en algún movimiento, y que al fin volvían á transformarse en movimiento perceptible”,⁴.

En otro lugar confiesa que sentiría plena satisfacción si alguien pudiera demostrar que los fenómenos eléctricos se verifican sin la cooperación de una substancia diferente de toda materia ponderable. “Pues de este modo, dice, se conseguiría aún mejor aquello á que aspiramos, esto es, á librarnos cuanto fuera posible de todas las fuerzas abstractas y de los agentes que se substraen á nuestra percepción⁵.. Sabemos de antemano, dice también, que estas hipótesis serán combatidas con vehemencia por los partidarios de la escuela antigua, los que sostienen que existe en los cuerpos otra cosa además de materia y movimiento, teniendo por error grave la opinión de los que niegan las fuerzas de cuya esencia ellos mismos no pueden dar razón.

Si el P. SECCHI se expresase así en calidad de filósofo, sería manifiesto que habría incurrido en cierto modo en el error que arriba hemos señalado y reprobado. Mas el célebre astrónomo ha asegurado una y otra vez que no era su intención escribir una obra filosófica. En la introducción á su obra dice que su objeto es mostrar que los fenómenos de la Física pueden reducirse á las leyes generales del movimiento de la materia; que por fuerza no entiende sino la facultad de producir ciertos efectos exteriores, tales como la calefacción, iluminación, repulsión, tracción y otros semejantes; “es decir, debemos inquirir si estos fenómenos son producidos por vibraciones, presión ú otras causas mecánicas; por esta razón no nos atañe la cuestión metafísica, y si alguien juzgara incompleta nuestra obra porque guarda silencio sobre ella erraría, puesto que pensamos escribir una obra física, y no metafísica. Si en algún lugar nos ha sucedido decir alguna palabra de esta materia, ha sido por mera casualidad, siendo muy difícil separar la generalización metafísica de la discusión del detalle físico”,⁶. Así puede, sin temor de dar escándalo á los cristianos creyentes, afirmar sin ninguna restricción: “Si en la realidad la materia, en el sentido más amplio de la palabra, no está sin fuerza, menos aún puede la fuerza separarse de la materia⁷..

“Repetimos que no salimos de la esfera de los fenómenos físicos, y que para nada nos ocupamos de especulaciones metafísi-

⁴ *L. c.*, tomo I, pág. 265.

⁵ *L. c.*, tomo II, pág. 122.

⁶ Introducción, pág. VI.

⁷ *L. c.*, pág. IX.

cas¹. „El físico considera todo cuerpo como un ser limitado exteriormente y existente en la realidad, aceptando como un hecho el que un movimiento pueda transmitirse de un cuerpo á otro por contacto externo; no se ocupa de explicar este hecho, sino sólo trata de reducir á él otros fenómenos, dejando al metafísico que desarrolle los temas que están fuera de este límite”.

En cuanto este sabio de tan insigne mérito ha mantenido este criterio, ha permanecido en un terreno en el cual es maestro y autoridad, obligándonos á saludar su libro como un trabajo bueno, excelente. Así como en la representación de una obra dramática el mecánico no interviene sino en el mecanismo de la tramoya; así como el aprendiz de imprenta no ve en un libro más que papel y tinta; así como el que da aire al fuelle del órgano apenas oye en su música sonora más que el resuello del aire comprimido, con la misma razón el físico puede decirnos que todos los fenómenos naturales se efectúan por movimiento mecánico; y en cuanto el Padre SECCHI como físico ha realizado, por sus excelentes disquisiciones, un adelanto en la explicación física de los fenómenos naturales, bien merece la atención y los elogios que ha encontrado en todos los países de Europa.

No obstante, no podemos omitir la observación de que el Padre SECCHI parece no siempre haber respetado con la escrupulosidad apetecible la línea que deslinda los campos de la Filosofía y de la Física. Como físico podía decir: „No conozco en los fenómenos sino las leyes del movimiento; no conozco otra fuerza.” Pero cuando declara positivamente que la fuerza, causa transcendental del fenómeno de movimiento, es una ficción, habla como filósofo y usa de un lenguaje demasiado análogo al de los empíricos. Es muy de extrañar que el astrónomo llame á su libro *Saggio (ensayo) di filosofia naturale*; lo que sugiere casi al lector de su obra la pregunta: ¿Por ventura el P. SECCHI quiere reducir toda la filosofía natural á física, tal vez casi en el sentido en que L. FEUERBACH declaró á la Química „filosofía del porvenir”? Tal juicio sobre el criterio de SECCHI tiene á su favor una comparación que el gran físico se apropia, y según la cual la solución definitiva del problema de la constitución de los cuerpos debe esperarse de los progresos posteriores de las ciencias experimentales. Compara los cuerpos á casas atestadas de bibliotecas de libros que están impresos con los tipos más diversos y tratan de las materias más heterogéneas, consistiendo los tipos mismos en puntos tan pequeños que ni los más fuertes microscopios pueden separarlos unos de otros. „La

¹ En el mismo lugar.

² L. c., tomo I, pág. 266.

ciencia contemporánea, dice el P. SECCHI con el P. BOSCOWICH, del cual toma la comparación á que aludimos, no está aún bastante adelantada para poder leer estos libros; tiene que contentarse con saber distinguir un tomo de otro; ni menos aún sabe discernir las diferentes letras, y pasará aún mucho tiempo hasta que pueda esperar separar los puntos de que éstas están formadas¹.

¿Qué hemos de contestar á tales aserciones? No hay duda que podemos esperar aún de la Química y Física revelaciones valiosas sobre la constitución interna de las cosas naturales *en lo que tienen de materiales*. Mas ¿no hay fuera del lado material, es decir, fuera de la extensión y del movimiento pasivo, otro activo y formal? ¿No conocemos todavía bastante aquellas cosas maravillosas, con su mundo encantado de bibliotecas y libros y letras, para sostener que en sí y por sí despliegan una actividad ordenada; que intervienen con actividad propia y por legislación propia en los diferentes procesos físicos y químicos; que aquellas menudísimas partículas, que todavía ningún microscopio ha podido desprender unas de otras, son por sí propias activas y hábiles para asociarse y disociarse en proporciones mejor reguladas que la mejor ordenanza militar del mundo; que, por tanto, las cosas no sólo son extensión traída de aquí y llevada allá, sino algo operativo y que se dirige á su fin?

Porque niega este lado productivo, activo y formal de las cosas naturales sin debida autorización, espera, según oímos, que le contradigan los filósofos que suponen en los cuerpos la existencia de algo más que materia y movimiento, y por esta razón misma tiene su tanto de culpa de que haya sido confundido con aquellos materialistas que, hallando la esencia adecuada de las cosas sólo en materia y movimiento, identifican la Filosofía natural con la Física y la Química.

Ningún lector despreocupado querrá atribuir gran importancia á esta inexactitud del célebre astrónomo. ¿Cuán fácil es que tanto experimentar, calcular y observar, haga peregrinos, aun á los mejor intencionados naturalistas, en la especulación filosófica! Y ya que gran parte de los filósofos contemporáneos han perdido la brújula que les enseñaba el seguro norte, aquellos físicos corren el riesgo de confundirse y enredarse en saliendo de su especialidad. La reputación de que alguno de ellos goza, contribuye entónces muy fácilmente á aumentar la general confusión filosófica. Quien tal considere, no sentirá en lo más leve mermado, por las censuras que dirigimos al filósofo SECCHI, su respeto al físico y astrónomo SECCHI y al excelente sacerdote y religioso SEC-

¹ L. c., pág. 9.

chi. Hubiéramos deseado que los que en tiempos recientes han tributado bien merecidos elogios al sabio romano, no dejasen de señalar la flaqueza y el exclusivismo de sus dictámenes en filosofía natural.

199. Al par que algunos sabios cristianos se dejaron enredar en teorías más ó menos mecánicas, no ha faltado quien reconociera explícitamente la necesidad de la fuerza para producir los fenómenos naturales; pero la concebía como atributo de la Divinidad, doctrina que hallamos ya profesada por COLDING (núm. 147). También HERMANN ULRICH, filósofo halense, la profesa en cuanto ve en Dios el substratum activo continuo que, siendo el único principio de toda actividad natural, transmite de un átomo al otro los efectos dinámicos, en particular las ondas y oscilaciones de los átomos del éter, produciendo los fenómenos de luz y calor. «La conciencia religiosa (?) atribuye á la acción inmediata de Dios la conservación de la naturaleza y el continuo nacer y morir de las cosas¹». Según ésto, el mundo consta de Dios motor y de los átomos que son movidos.

Esta doctrina no es nueva. El precursor de ESPINOZA, MALEBRANCHE, había desarrollado en un sistema completo el llamado ocasionalismo, la traslación de toda actividad al Ser divino. DESCARTES fué quien le hizo concebir esta idea². En errores semejantes habían incurrido, apartándose de las doctrinas corrientes de la antigüedad, los teósofos PARACELSO y ROBERTO FLUDD, y aun algunos escolásticos, PEDRO DE ALLÁCO y GABRIEL BIEL. SANTO TOMÁS cree, no sin razón, descubrir el origen de esta teoría en la ideología de PLATÓN³.

200. Harto fácil es probar los defectos de este sistema. Pero vamos primero, para mayor claridad, á averiguar lo que tiene de cierto.

Debe reconocerse desde luego que de la idea de Dios no se puede prescindir de manera alguna si se quiere resolver plenamente, no ya el problema del mundo, sino el que ofrece el flujo y reflujo del ser en la naturaleza. SANTO TOMÁS tiene la gloria indisputable de haber expuesto con evidencia magistral la dependencia en que la acción de las criaturas se halla respecto de Dios. Según su doc-

¹ En la obra *Gott und die Natur* (Dios y la Naturaleza), 3.^a edición, pág. 484 y siguientes.

² CARTESIO enseñaba ya que debía reconocerse como causa del movimiento: «Deum ipsum, qui materiam simul cum motu et quiete in principio creavit et tantumdem motus et quietis in ea tota, quantum tunc posuit, conservat» (*Princ. philos.*, p. 2. n. 36).

³ *Summa Theol.* I, qu. 115. a. 1. PLATÓN distinguía ἀίτιαι (causas) de τῶν ψυχραίων πρῶτα y συναιτίαι (concausas) ὄντων ὅν ἡψυχραίων, poniendo aquellas como causas verdaderas en las ideas *praeter* y *supranaturales*, mientras que la naturaleza es solamente una *conditio sine qua non*.

trina, la acción de las fuerzas naturales depende de Dios por tres distintos conceptos.

Primero, Dios es quien ha dado al crearlas, y conserva á las cosas naturales tanto su ser como sus fuerzas; segundo, Dios es quien otorga el ser á todo efecto naciente en la naturaleza (por ejemplo, á un alma animal), en cuanto se considera este ser según su carácter universal y absoluto (*absolute et secundum se*), porque todo efecto natural trae este carácter de Dios, causa y prototipo de todo ser; tercero, Dios es el que al principio del mundo inició por un impulso el movimiento que sigue aún vibrando por todo el vasto universo en maravillosas armonías; El fué quien dotó entonces al mundo de esta determinada cantidad de movimiento, que sin aumento ni mengua persiste en medio del cambio calidoscópico de los fenómenos¹. Muy profundo es lo que dice SAN BASILIO, comparando toda la naturaleza con una esfera que, puesta una vez en movimiento en el principio de las cosas, después continúa rodando por los siglos por fuerza propia². Agréguese á estas consideraciones la cuarta, de que todas las cosas, corriendo hacia su fin con la tendencia que constituye su naturaleza particular, se enderezan indirectamente hacia Dios, fin supremo de todas las fines naturales.

Esta es la verdad, de la que se comprende á primera vista que discrepa mucho la opinión de aquellos que, para explicar un fenómeno natural, hacen intervenir en él de cualquier modo á Dios mismo como única é inmediata causa eficiente.

201. Así como Dios, el Señor, ha concedido en su indecible bondad á las cosas un ser distinto del suyo, así las revistió también del carácter de causas eficientes, dándoles la facultad de producir efectos por sí propias y hacer valer la naturaleza particular que les ha infundido. Es preciso, pues, reconocer á las cosas naturales mismas al lado, ó mejor debajo del influjo divino en la producción de cosas y fenómenos, una influencia causal efectiva. Mientras que Dios da el ser á las cosas que han de ser hechas, la causas citadas les dan respectivamente el carácter que las distingue. Dios deja obrar las cosas creadas, no porque necesite de ellas, sino porque quiere manifestar su bondad y perfección. Los efectos que observamos en la naturaleza están siempre tan estrechamente ligados á las cosas naturales, y se les asimilan tan íntimamente como suele

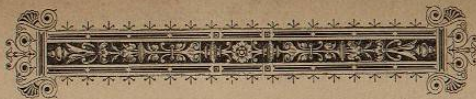
¹ En este sentido dice el Santo maestro: «Quia natura agens non agit nisi mota... et hoc non cessat, quousque perveniat ad Deum, sequitur de necessitate quod Deus sit causa actionis cuiuslibet rei naturalis ut movens et applicans virtutem ad agendum» (*Disput.*, q. 5. de pot. a. 7.)

Los cambios que ahora se verifican en la naturaleza conducen, por la inmensa cadena de los cambios anteriores, por siglos y millares de años, á Dios, motor primus. Por esto se dice: *Deus prae-movet omnem creaturam ad agendum*.

² *Hom. hebraic.*, 9.

sucedan entre efectos y causas. De ahí la convicción de todos los hombres imparciales de que no Dios, sino las cosas naturales, relacionadas con efectos sucesivos que se asimilan á ellas, deben considerarse como las verdaderas causas de estos efectos (núm. 191). ¿Para qué hubiera dado Dios á las cosas el ser, el cual no se manifiesta sino obrando, si este ser fuera del todo estéril? ¿Con qué intención nos había de haber hecho concebir la ilusión de que las cosas mismas son las causas próximas de los fenómenos materiales, si en realidad Dios lo hiciera todo?

Debe consignarse como un verdadero rasgo característico de la filosofía peripatética, que siempre buscaba la causa próxima de los fenómenos naturales dentro de la esfera de lo creado, y no en Dios. En los casos en que los antiguos filósofos erraban por la concepción desacertada de los hechos, lo hacían de una manera que á nosotros, que nos apoyamos en un fundamento empírico cimentado en las observaciones de muchos siglos, nos puede parecer extraño y aun ridículo. Elevando los astrónomos antiguos su mirada al cielo estrellado, veían en él un ir y venir de los astros que, al parecer, afrentaba á las leyes todas de la mecánica conocida. ¿Qué idea podía sugerirles tal aspecto antes que la de que Dios mismo era quien movía los cuerpos celestes? Pero semejante explicación sobrenatural se ajustaba mal á las ideas de aquella filosofía. Por esta razón se echó mano de la hipótesis que les parecía ser la única plausible: la de que había seres espirituales cuyo influjo regía aquellos movimientos peculiares. De modo análogo se creía erróneamente (núm. 122) que en la naturaleza nacían organismos imperfectos como insectos, ratones, ranas, por generación equívoca, de materia inorgánica. Mas como por otro lado no se quisiese abandonar el principio de que un efecto de orden superior no podía provenir de una causa esencialmente imperfecta, era menester buscar una causa á que se pudiera reducir la generación de aquellos vivientes. ¿Qué cosa era también en este caso más fácil que el atribuir á Dios la causa eficiente de aquellos organismos? Pero ya queda dicho que se huyó de admitir una causa natural mientras se trataba de explicar fenómenos normales. Creyendo, por tanto, observar que la luz y el calor del sol influían en la formación de aquellos vivientes, se aprovecharon de este indicio enseñando que los espíritus que movían las estrellas eran tal vez también las causas productivas de los organismos imperfectos. Estos ejemplos serán prueba suficiente del interés tan serio que la filosofía de la antigüedad tenía por explicar la naturaleza, por sí misma, ó sea de no salir de la naturaleza en busca de sus causas próximas. Esta, [pues, es filosofía sana, y éste es un rasgo de ciencia genuina.



CAPÍTULO II

El mecanismo moderado ó ateleológico.

§ I

Enúnciase con exactitud la cuestión.

202. Al tratar de persuadirnos de la falsedad del mecanismo extremado, que destierra hasta las fuerzas de la naturaleza, hemos ya fijado puntos de vista desde los cuales nos será fácil demostrar que también la forma moderna del mecanismo es insostenible. Éste mecanismo templado reconoce la fuerza mecánica; su santo y seña es *fuerza y materia*; pero niega que, fuera del principio efectivo que causa el movimiento en cada una de las cosas, deba haber otro que las rija y determine juntamente con su extensión y movimiento, ya exista en las cosas mismas, ya en otra parte (por ejemplo en Dios).

El lector observará que vamos á tratar aquí del sistema que se ha llamado teleológico, porque es más que ninguno apropiado para elevarnos á Dios, ordenador del mundo é inteligencia primordial, circunstancia que ha asegurado siempre á la teleología la atención más preferente de los pensadores cristianos¹.

¹ Es de notar que no sólo en círculos específicamente católicos es donde se aprecia como merece la cuestión teleológica. J. H. FICHTE dice: «Para definir el carácter y determinar la verdadera fisonomía de la filosofía contemporánea, ya hace tiempo que no bastan las divisiones con que militaban los partidos antiguos de panteístas y deístas, dualistas y monistas, ó por el lado nóstico teórico, de sensualistas é intelectualistas, idealistas y realistas, dinamistas y atomistas. Todas estas antitesis particulares han sido absorbidas por la antitesis fundamental del sistema mecánico y del sistema teleológico, ó bien expresándola más concisa, breve é inteligiblemente, la antitesis de teísmo y ateísmo. La gran lucha por la civilización (*Kulturkampf*), que la época moderna sostiene en todas sus ramificaciones científicas, parece definitivamente en esta suprema y última alternativa de si el mundo físico y el mundo moral son regidos meramente por la necesidad ciega de una